

Escribe Carlos León.—

205291

Réquiem por Arturo Alcajaga Vicuña

Por eso vestíriame hoy de músico,/ cho-
caría con su alma que quedóse mirando a
mí/ materia... Más ya nunca verélo
afeitándose al pie de su mañana;/ ya nun-
ca, ya jamás, ya para qué!/ qué jamás de
jamases su jamás!/?

César Vallejo

Si entre meses, durante lunas ya todavía
Alcajaga para siempre en el adiós de los
adioses. ¿Quién nos pintará otra vez "la
muerte de un todavía"? ¿Quién con ese joc-
key peculiar y zapatos de taco alto andará
reluciendo su "sonrisa-pasaporte" por las
calles de nuestras penas y alegrías? ¿Es
que acaso él no las tenía?

Quién "entredios" profetizara su sino en
alta voz de juglar imprevisto y de poco fiar
según los muchos ignoros de provincia y algo
o bastante loco, según decían ¿loco?, lo-
co "el caballero descalcificado" iba por las
calles mencionando las hembras tutelares
de la tarde inclerta. (Bajo el diluvio eterno
la soledad del poeta, adusta, indómita, des-
quiciada) Quien muchísimo después de
inaugurar "las ferreterías en el cielo" se
rió con nosotros y de nosotros en la misma
pieza de una antigua librería y salió a la
calle con cara de fácil saludo, asequible a
las multitudes dispuesto a romper la fatal
tristeza del olvido.

El que había expuesto sus pinturas en las
grandes capitales de Europa, Londres, Pa-
ris, Madrid, él que era médico y no ejercía
nada más que como médico del alma, sin
ser de ningún modo psiquiatra, sino poeta y
nada más que poeta el hombrecito bajo que
era él, solía encontrarse conmigo (como
una cosmogonía individual—, en las aceras
imprevistas y en las plazas o a veces ca-
sualmente le divisaba detenido de pie muy
elegante con pantalones blancos y pañuelo
al cuello. El show-man pretérito que imita-
ra a Maurice Chevalier antaño con gracia
singular. ¿A qué edad? Edad ¡oh edad! Pe-
ro él no la tenía, era siempre el mismo reci-
tando en los albores de la tarde su "Entre-
dios" que a veces explicado por el mismo
era intencionalmente distinto ¿o era igual?
a los signos escritos en el libro.

"Ya casi al final de los grandes inviernos
que levanto resignado/ a través de la gris-
salba/ que representa los últimos linajes
del azul/ y las vanguardias de la muerte,/ o
cuando al prevalecer en siempre/ un fin
auroral impactara la ultralancia del luto/
sobre los adioses terrestres/ y el viento y la
lluvia/ todavía golpearan las ventanas y
las puertas/ hasta ocupar las habitaciones
solitarias, con su fuego y con su lluvia/ y
así desestimaran los futuros con sus na-
dies/ apoyando el infinito exangüe de

aquellas altitudes del aún/ potestad de ho-
rizontes en su recientemente derramado./
pacificación de auroras que comenzaron
los inviernos/ listando caminos Entredios,
la infinitud"/.

El iba y venía transido con su delirio
alegre, desbocado (nunca le vi triste), co-
mo creyendo tanto y "tantamente" en sí
mismo, en su poesía, en el ajo que mastica-
ba y a veces exhalaba, porque según él era
muy bueno para la salud y fortificaba la vi-
rilidad cuando hacía tiempo ya había pasa-
do de los setenta años. Creo que este afrodi-
siaco casero por decirlo de algún modo, lo
masticó desde siempre y siempre aferrado
sin vergüenza a las alidabas del Eros fer-
viente, enardecido en alta voz con las
hembras eternas ("esas ninfas que el
querria perpetuar") y eternamente con
dichos tan suyos que hacían recordar a Ra-
belais sacándome la tristeza de la piel con
alguno de esos jeringazos verbales, mitad
burla egocéntrica, mitad poesía parlante
surrealista tan alucinante como Dalí pero
con soles internos riendo y trotando por el
interior de la librería "El Pensamiento",
diciéndonos a todos que estaba sano, des-
pués de botar dos pequeños bastones
(porque esa última vez le vi con bastones)
sonriendo con su "sonrisa-pasaporte" y re-
pitiendo.

— "Estoy sano, estoy bien lo que pasa es
que en este país a uno todos lo quieren ver
enfermo y mal" (empleaba un tono altiso-
nante y palabras de calibre algo grueso pa-
ra expresar esta idea):

— "Los bastones los usó para engañar a
la gente que al verme así se siente feliz".

Preocupado finalmente de la publicación
de su último libro titulado "El apagacuero
del jamás" marchóse al extranjero (cosa
que hacía de tiempo en tiempo). Después la
suelta a la patria con una enfermedad gra-
ve.

Debo decir que hasta ahí le seguí la pista
de hombre vivo, pues falleció al poco tiem-
po. Nunca pude imaginármelo enfermo ni
quero imaginármelo muerto, aunque no lo
veré ya más al pasar en mis tardes de
"transeúnte pálido" por donde estaba an-
tes el cine Rivoli, ni en la cofradía de las
plazas de la vida.

Alineados, muy guardados y de pie
quedaron sus libros, como centinelas calla-
dos, a la espera. Algunos cuidadosamente
empastados, otros hechos en duro metal,
para perdurar en el tiempo, aunque no creo
que necesiten de este último requisito las
obras de este poeta sólo, distinto y único.

Carlos León

al Mercurio, Valparaíso, 27-XII-1984 p. 2

Réquiem por Arturo Alcayaga Vicuña [artículo] Carlos León.

Libros y documentos

AUTORÍA

León Pezoa, Carlos, 1945-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Réquiem por Arturo Alcayaga Vicuña [artículo] Carlos León.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile